II

Recuérdame. He vivido siempre en ciudades
y las ciudades son para morir, pero recuérdame.
Lleno de retratos amarillentos
y cartas que no mandé
miro la vida hundirse
en el mar reverberante del verano
y no me importa.

Los desertores

Por la colina que mira hacia el poniente
bajan los desertores.
Han olvidado su estirpe y su lenguaje
de sonoras sílabas ardientes;
en sus manos late el recuerdo
de caricias más suaves que la piel humana
y en sus trajes brilla el viejo esplendor
de los escudos de rugientes leones y castillos imposibles.
Presienten el mar y su cambiante engaño
el mar que palpita como el corazón de Dios
las anchas playas pobladas de seres silenciosos
donde nada es recuerdo ni esperanza.

En otro tiempo fueron altivos y dolientes como mártires
pero renunciaron a su destino.

En la tarde

Me quedo mirando la pata del sillón
que se hunde en la luz dorada de la estancia
mientras la taza que sostengo entre mis dedos
salpica de brillos la polvosa superficie de la mesa.

Más lejos, hacia lo profundo de la casa
los muebles empiezan a entrar
en la olvidadiza penumbra.
Detrás de los sombríos corredores
donde los espejos me recuerdan
que no tuve destino, las ventanas flotan
en el agua estancada y luminosa de la tarde.

Más lejos los cuartos desolados acallan el eco
de los atardeceres en que el viento arremolina las
[sombras
y el distante murmullo de los bosques danza
en la abierta llanura, silenciosa como el vuelo
secreto de los buhos que trazan en el aire
callado de la noche, signos escalofriantes.

Muy pronto las constelaciones empezarán a girar
sobre el alto silencioso de la bóveda.
Tauro, La Doncella, Aries, Capricornio y Acuario
todo el vano aparato celeste conspirará
para que yo vuelva a depositar la taza
—con un tintineo de abandono—
en su plato respectivo.

Raúl Garduño
Nueva presencia

Que en el ojo del agua sigan durmiendo y despertando
tus sueños,
que vengas cuando el desasosiego del mar sólo sea un
tumbo de aire en las arenas
y que inventes por ahí una larga bienaventuranza;
que el polvo siga cayendo en tus manos como un viejo
diluvio de palomas
y que tú hables, sí, que te detengas un rato junto al

oscuro aleteo de la ilusión.
Porque es cierto: te veo medir la tarde con una flauta
de aves que entre los dedos llevas
y el cielo es una palabra roja, hundida en la inmensidad.
Que permanezcas ahí entonces con los senos desnudos
como única provisión del día,
junto a enormes nubes que alguna vez fueron caricias,
estanques donde la soledad nos hizo guardar la
sensación de un presentimiento.
Ahora puedes callar esa frase indispuesta,
esa memoria tuya sacada del vacío,
ahora puedes mirar la lluvia que tiene rostro de
muchacha reclinada en su tristeza,
la lluvia que es una caída de algo desconocido,
algún pájaro inmenso asesinado en el aire,
una mala costumbre que sostiene el tiempo, un paso
quebrado, algún olvido.
Y no es una simple historia:
tu también puedes mirar la soledad de vela en el
cuarto mudo,
un libro olvidado en la mesa haciendo sonar el pecho
de la madera;
tú puedes hablar entre sueños,
entre los hilos de un supremo convencimiento de estar
viva,
tú puedes iniciar un sueño de islas deshechas bajo las
alas de un pájaro,
otra vez junto a la sed tú puedes volver a la tentación
irremediable del agua.

Las estaciones de oro pasan bajo el pie del labrador.
A veces eres ese silencio que las aves llevan en sus
plumas,
eres la que ya no entiende nada y sólo ve la tarde que
vuela distraída y distante,
eres la desnudez definitiva caminando a mi lado entre
mis desbarajustes,
algo de aquello que hicimos al despertar o al abrir la
puerta sin decir nada,
un poco de esa costumbre de mirarnos hondamente
hasta quedarnos ciegos,
tú puedes ser quien ahora cuida los frescos retoños del
agua, los olvidos,
aquellas palabras nuestras que son ecos del mar muerto.

Tu nacimiento fue la medida de la luz; nadie volvió
a ninguna parte,
fuiste una mirada de amor que intencionalmente el
mar dejó en las cosas,
¡tanta duración había en los relojes que ahora no dan
sino noticias . . .!,
iba y venía un alto cielo dando saltos, un atarantamiento
de nieve,
una mujer que eras tú entrando en mi boca
hambrienta;
alegremente transcurrían los polvos del entendimiento,
esas uvas solares,
las frecuentes andanzas del crepúsculo en el cristal
roto como una palabra,
y eras un momento de la multitud, una franca tarea de
labios y de remolinos.

El neón ahora te dibuja en las espaldas una cabellera
de diamante
y viene la silbatina contra el otoño,
las palabras voltean el rostro mientras te amo,
besaría ese cabello tuyo en la arena de tus jardines
callados,
tus senos derramarían su miel en mis costumbres,
el amor sería un pedazo de música sin saber dónde
dejar el dedo del corazón que le ataranta.
Alguien que eres y no eres tú mueve el lenguaje para
que deje escurrir sus llameantes amapolas;
somos el polvo en la roca sedentaria bajo el aguacero,
somos otra vez horarios,
fragmentos de una ciudad que mira bajar la noche
hasta las plantaciones del amor . . .

La calle vigila el sepelio de alguna vieja tristeza.
El mundo es aquel que dejamos hace un siglo.